

TRADUCCIÓN

LA VIDA DE LA CIUDAD

Traducción del chino e introducción

LILIANA ARSOVSKA

El Colegio de México

Introducción

El autor:

Liu Qingbang nació en el año de 1951 en el distrito Shenqiu de la provincia de Henan. Nació en el seno de una familia de campesinos y mineros. En 1978 comenzó a publicar cuentos cortos, novelas medianas y extensas. Actualmente es un escritor de oficio afiliado a la Asociación de Escritores de la ciudad de Beijing. Este prolífero escritor ha recibido numerosos premios literarios por su obra.

Durante una entrevista el autor mismo resaltó haber publicado más de ciento setenta cuentos cortos, más de veinte novelas medianas y cinco novelas extensas. Varias de sus novelas como *El zapato* y *el Árbol místico*, dieron origen a conocidas películas chinas. *Árbol místico*, cuyo título en la pantalla grande era *El pozo ciego*, recibió el galardón de plata por su excelencia artística en *El festival internacional de cine de Berlín*.

La mayoría de sus obras como *Las flores caídas*, *El minero*, *La habitación conyugal*, reflejan la vida en el campo y en las minas, donde el escritor pasó los años formativos de su niñez y juventud.

La literatura, para Liu Qingbang, sólo tiene sentido cuando la inspiración sale de las entrañas, de lo vivido en su propia carne.

El cuento:

Este cuento de Liu Qingbang no habla de las minas ni del campo. De hecho, el cuento “La vida en la ciudad” es un dibujo más que un cuento. Un dibujo que refleja la vida en todas las ciudades grandes; aquellas sin nombre, sin personalidad, donde la globalización ha tenido un éxito total. Ciudades llenas de anonimato, donde las historias personales a nadie le importan tal vez por ser todas iguales o aburridas.

Tian Zhiwen habitante de un edificio sin personalidad —uno de tantos de cualquier ciudad— busca un poco de placer y un sitio para su bicicleta en ese mundo donde las bicicletas al igual que los hombres se empujan entre sí para ganar un espacio. Él es un hombre como cualquiera: trabaja para vivir sujeto a horarios, preso de costumbres, valores, del “estatus de vivir en el doceavo piso entre la gente decente”, enganchado a la cotidianidad.

La lucha entre su bicicleta vieja y “la bici muerta” encarna la batalla de todos los días, de todos nosotros, por ganar un espacio digno, un sitio propio donde respirar y simplemente existir hasta la fecha de la muerte, fecha que ni siquiera los nietos como en el caso de Xinxin recordarán.

LA VIDA DE LA CIUDAD

LIU QINGBANG

Las bicicletas en la ciudad son demasiadas, incluso son más que las parejas. Las parejas por lo general te acompañan durante toda la vida, pocos cambian a medio camino; las montas y las desmontas y siempre son los mismos, él o ella. Con las bicicletas no pasa lo mismo, un hombre en la vida quién sabe cuántas bicicletas cambiará, y las bicis que deja atrás difícilmente tienen un final apropiado, no se entierran ni se incineran: se tiran frente al edificio, se amontonan por dondequiera; en todos los rincones alrededor de las viviendas puedes ver esqueletos de bicicletas.

Tian Zhiwen montado en su bicicleta regresaba a su casa después del trabajo. De pronto vio que el armazón de la calle para guardar las bicicletas estaba lleno. Estos armazones se hacen de hierro muy grueso y resistente, tienen la forma de una espiral fijada verticalmente sobre el suelo. Insertas la llanta delantera de la bici entre dos arcos de la espiral y así la bicicleta ocupa una posición fija y no se cae.

Se puso a ver dónde había menos bicis para insertar su vehículo y ponerle la cadena. Su bicicleta ya estaba muy vieja y descolorida, ni siquiera se distinguía la marca. Si era “Paloma Volante”, la paloma hacía tiempo que voló, y si era “Eternidad”, pues de la eternidad no quedaba nada. Hace poco él se compró una bici nueva; era moderna y muy cómoda, pero en menos de medio año de usarla, cuando apenas le brotaban sentimientos por su nuevo vehículo, se la robaron. Quién sabe en qué lado de rata terminó para ser maltratada.

Su mujer no lo dejaba comprar otra bici nueva; decía que si compraba otra también la iba a perder. Decía que él y la nueva bici serían como un viejo marido con una amante joven: la amante siempre se educa para servirle a otro. Él no se consideraba a sí mismo como un viejo marido. Cuando se puso a regatear con su mujer, ella, muy ejecutiva, rápidamente fue a una tienda de empeño, gastó unos cuantos pesos y le trajo esta vie-

ja bicicleta. Era una bici tan vieja que aunque estuviera a media calle no habría quien la recogiera.

Le quería buscar un sitio a su bici porque sin un sitio seguro la bicicleta estaba expuesta al maltrato y a cualquier humillación; la vez pasada, también porque no había lugar en el armazón, dejó la bici en la acera. Él trabajaba en la editorial de un periódico; su responsabilidad consistía en hacer la última revisión antes de la impresión, por lo que nunca salía a tiempo del trabajo. Su bicicleta nunca tampoco ha podido tener un sitio permanente.

“La dejo en la banqueta” —pensó. Al otro día por la mañana, bajó del edificio y vio que su bicicleta estaba tirada a media calle. La calle en frente del edificio de por sí era estrecha; su bici tirada en medio de la calle de plano obstruía el paso. Se apresuró a levantarla y al querer empujarla se dio cuenta de que estaba atorada. La cadena estaba rota y atorada entre los rayos de la llanta. Seguramente alguien, molesto por ver una bici tan vieja en la acera, la aventó a la calle y encima le dio una patada. No le quedó de otra más que intentar arreglar la cadena. Se ensució completamente las manos y por poco llegaba tarde al trabajo. Con esos precedentes, ya no se atrevía poner la bici en cualquier lugar.

Caminó de un lado al otro del armazón empujando la bici. Las bicis, manubrio con manubrio, asiento con asiento, se empujaban entre sí para advertir que ya no había ni un huequito para insertar otra. Pero él halló una imperfección en la trama: en medio del montón había una bici sin asiento; en el lugar del asiento sólo había un tubo grueso y oxidado apuntando hacia cielo. Las dos llantas sin aire aparecían pegadas al suelo.

Esa bici seguro que hacía tiempo ya nadie la manejaba y no había manera de hacerlo; en otras palabras, una bici así ya expiró, ya no es un vehículo con vida, ya está muerto. Siendo un vehículo muerto, ¿por qué aún ocupa el lugar de los vivos? A Tian Zhiwen no le parecía justo. “Esto no está bien” —pensó—; había que sacar ese esqueleto para dejarle espacio a su bicicleta, por cierto, muy viva y activa. Dejó su bicicleta bien parada, se fijó que alrededor no hubiese nadie y sacó la bici muerta del armazón. Enfrente del armazón había una lonchería, y detrás de ella estaba el contenedor metálico de basura. A es-

paldas del contenedor había un montón de bicicletas viejas e inservibles. Él con una mano levantaba el asiento y con otra empujaba el manubrio; rodeó el contenedor y llevó la bici junto a las otras bicicletas inservibles. Pensaba por dentro: “¡Lárgate inútil, aquí está tu lugar!” Insertó su bicicleta entre los arcos vacíos y al ver su vehículo estacionado se contentó un poco. Pero a su vez estaba preocupado: qué tal si el dueño de la bici muerta sabía con precisión dónde la había dejado y decidía tomar represalias. Pero nada pasó. Al otro día por la mañana cuando se disponía a ir al trabajo, vio su bici en el mismo lugar donde la había dejado; estaba intacta, no había sufrido ningún daño. Al darse cuenta que aquella bici muerta sin cabeza ni cerebro aún estaba en compañía de las otras chatarras sin querer sonrió.

Según los cálculos de Tian Zhiwen, en un almacén donde cabían un número determinado de bicicletas, la suya ya había ganado un lugar y ese lugar todos los días esperaba por su bici. No se imaginaba que ese día al volver del trabajo encontraría nuevamente lleno el almacén. ¿Qué había pasado? Sin poder evitarlo se puso a investigar. Lo de la investigación era lo de menos, él estaba intranquilo e incluso algo molesto. “¿Qué pasó carajo?”

La bicicleta que la noche anterior él había sacado regresó al almacén. La bici muerta no estaba en el mismo lugar de ayer, se encontraba en uno aún mejor, justo en medio del almacén. Aquel tubo oxidado parecía un cuello sin cabeza que como un gandalla retaba: “Aquí estoy, no tengo cabeza y qué. ¿Quién puede conmigo?” A Tian Zhiwen se le subió el apellido y decidió expulsar nuevamente a esa bici muerta del equipo de las bicicletas decentes.

En ese momento no hizo nada, pues se dio cuenta de que el viejo que solía esculcar la basura estaba sentado a un lado del contenedor.

El anciano, flaco y jorobado, traía en la cabeza un viejo gorro militar, y apareció desde que colocaron el contenedor debajo del edificio, donde los vecinos todos los días tiran bolsas de basura. El viejo agarrado del mango del contenedor enterraba su cabeza dentro, esculcaba, revolcaba y siempre encontraba cosas. El contenedor de basura era como su lámpara de Aladino

—montones de papel, fierros viejos, latas y botellas eran sus tesoros. Decían que si vendía sus tesoros podría mantener a tres viejos como él. Con el tiempo la situación cambió: Tian Zhiwen se dio cuenta de que tras haber sólo un pepenador de basura pronto hubo cuatro, entre ellos una señora muy gorda. Es decir, la basura al inicio fue monopolio del viejo flaco, pero ahora cuando terminaba de “buscar tesoros” venía otro, y otro, y otro, pues cada quien quería su parte. Esas nuevas circunstancias seguro que irritaban al viejo, pero la mierda apesta y los escarabajos tienen alas: te atraen a ti viejo pero también a los demás. Lo único que le quedaba al viejo era sentarse durante largos ratos al lado del contenedor como un vigía en espera del tesoro. Cuando se aproximaba alguien con una bolsa de plástico, el viejo, si veía algo valioso, decía “Démela”, y tomaba la bolsa de la mano del vecino. Si notaba que eran papeles de baño manchados con sangre hacía como que no veía nada y ya.

Tian Zhiwen presentía que el viejo lo miraba. Si sacaba la bicicleta muerta el viejo seguramente se daría cuenta y pensaría mal de él. Al rato, después de cenar, el viejo seguro se iría y él podría bajar para hacer los movimientos necesarios. Puso su bicicleta en la acera y cuando se disponía a entrar al elevador vio salir a la mujer gorda cargando una bolsa de plástico con diseño tipo piel de víbora. Al ver al viejo sentado a lado del contenedor, ella supo que nada le iba a tocar. Entonces a propósito saludó al colega diciéndole: “¿Por qué estás sentado allí?” El viejo ya tenía preparada la respuesta. Con voz fuerte y decidida contestó: “¿Que qué hago? Pues estoy cuidando el contenedor.”

Tian Zhiwen oyó toda la conversación y por deformación profesional inmediatamente elevó sus argumentos al nivel teórico, pues consideró que en el negocio de la basura también existía la competencia y además era muy feroz. Tian Zhiwen vivía en un edificio de veinticinco pisos; su casa estaba en el piso doce. Un día paseando por el parque, bajo su edificio, miró hacia arriba y comenzó a pensar en cosas raras. Si entre los pisos, en lugar de una placa de cemento, hubiera un vidrio transparente entonces encima de las cabezas de unos estarían otros y así habría veinticinco pisos de personas pendiendo en el vacío, mo-

viéndose para acá y para allá. Aquellos hombres y mujeres, una vez libres de máscaras, parecerían animalitos haciendo acrobacias sobre una cubierta de vidrio. ¡Qué divertido sería! Y si se quitara el vidrio y los de arriba empezaran a caer, ¿cuánto caos y pánico cundiría? Tian Zhiwen, al terminar la cena, se asomó por el balcón y al ver que ya había oscurecido tomó el elevador y bajó. Afuera quién sabe cuándo había empezado a llover; la leve llovizna ya había mojado el suelo. Al mirar las bicicletas estacionadas, se dio cuenta de que casi todos los asientos estaban cubiertos con bolsas de plástico que parecían una delgada capa de nieve. Él aún no se atrevía a proceder. El pepenador de basura ya se había ido, pero en la oscuridad vio a una joven. A lado de la puerta del elevador estaba la salida del sótano. Las dos salidas daban al mismo lugar; sólo las separaba una pared, por cierto llena de huecos en forma de pétalos de flores. La joven estaba parada en la salida del sótano, como si se escondiera de la lluvia o esperara a alguien. Vestía una playera corta y un short de mezclilla que dejaba ver sus piernas largas; traía el cabello suelto. La probabilidad de que esperara a alguien era mayor. Tian Zhiwen estaba parado al otro lado del muro; se encontraba tan cerca de ella que podía oler su aliento. No estaba ansioso, primero tenía que despedir a la muchacha y sólo entonces podría dedicarse a su asunto. El sótano era un espacio grande destinado a guardar las bicicletas y las motocicletas de los vecinos, pero conforme aumentaba la gente en la ciudad, personas que buscaban empleo o querían probar suerte necesitaban vivienda. Las empresas administradoras de los condominios convirtieron los sótanos en pequeñas habitaciones y los rentaban a los forasteros. Allí había todo tipo de gente. Señores de traje y corbata con un portafolio y un teléfono celular pegado a la oreja salían y entraban, tal vez eran comerciantes o estafadores. Había también muchachas con una señora detrás como si fuera su madre que las acompañaba a la escuela. Lo que sobraba allí eran muchachas con los cabellos teñidos de rojo y de amarillo, y zapatillas con suelas altas y gruesas; nadie sabía a que se dedicaban. Tian Zhiwen pensó que los sótanos representaban la profundidad, el misterio de la ciudad, donde tal vez hubiera un mundo muy colorido e interesante. A veces pensaba ir de visita al mundo subterráneo pero sus inten-

ciones pronto se desvanecían. Él era un vecino decente de este edificio; vivía arriba, era dueño de un apartamento, era alguien con estatus. Sentía que al sumergirse allí podría pender el estatus y tal vez nunca más salir a la superficie. Siempre, cuando subía, veía la entrada a los sótanos, pero pretendía no verla y seguía por su camino.

La joven no se detuvo mucho y pronto se fue al misterioso sótano lleno de escalones, tantos como los del metro o quizás más. El asunto no podía esperar así que puso manos a la obra. Cuando agarró aquella odiosa bicicleta muerta, no olvidó mirar hacia arriba. Temía que el dueño de la bicicleta estuviera escondido detrás de alguna ventana esperando que alguien moviera su bici para salir y gritar: "Oye, ¿qué haces?" Él se paralizaría y eso sería un problema. Lo bueno fue que en todo el edificio no divisó ni una sombra; sólo sentía que una suave lluvia, gota tras gota, le mojaba la cara. Despacio, como para no hacer ruido, sacó la bici muerta. Sintió que su corazón brincaba; tenía la sensación de ser un ladrón o un criminal. Pero se consolaba: "Hombre no pasa nada, como si fuera mi bicicleta a la que empujo para cambiarla de lugar."

El edificio tenía tres unidades; es decir, tres entradas. Su casa estaba en la tercera entrada. Comenzó a empujar la bicicleta desde la tercera entrada, pasó por la segunda y siguió adelante hacia la primera entrada. El edificio era grande; desde una esquina a la otra había por lo menos cien metros. Tenía que levantar la llanta trasera, pues tenía candado, y deslizar sin ruido por el piso mojado la llanta delantera sin aire. No era muy fácil; sintió que el sudor le escurría por la espalda y la frente. Quién sabe qué habría pisado que de pronto sintió que iba caer. Si hubiera caído se hubiese encimado a la bicicleta como abrazándola. Afortunadamente brincó un poco y evitó la caída. No pasó más allá del susto, sólo sintió que empezó a sudar más. En silencio profirió un insulto: "Hijo de su m... ¿A qué estoy jugando?" Quién sabe si se insultaba a sí mismo o a la bicicleta. En el muro de la primera entrada había un montón de bicicletas viejas. Cuando aventó la bici muerta sobre el montón, sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima; sintió alivio. Como si se lavara las manos, las sacudió profiriendo otro insulto: "La vas a buscar, pero a ver si la en-

cuentras eh...”. Esta vez el objeto de sus insultos era inconfundible, pues se refería al dueño de la bici muerta.

Tian Zhiwen estacionó bien su bicicleta y regresó a casa sin poder esconder su alegría. La esposa le preguntó por qué estaba contento. “Por nada”, le dijo. La esposa le preguntó si había tenido una cita con la amante. Él pensó: ¿Acaso aquella chatarra puede considerarse una amante? Pero contestó: “Si me fui con una amante de fierro.” La mujer no creía que él pudiera tener ninguna amante pero le dijo: “No hombre, qué bárbaro, tú sí que la haces, ¡qué progreso!”

En el trabajo mientras pretendía mirar el periódico Tian Zhiwen pensaba: ahora que moví la bici muerta tan lejos, ¿la buscará el dueño? Se perdió en sus pensamientos; sus ojos no distinguían las palabras por lo que tuvo que mirar el periódico de nuevo. El periódico que editaban era de noticias, pero las notas todas parecían cartas de elogios; muy aburridas por cierto. Desde hace tiempo que odiaba su trabajo, pero la editorial le daba sueldo; el periódico era como su tazón de comida sin el cual no se podía vivir. Ese día también salió tarde. Al llegar frente al edificio lo primero que le interesó era ver si la bicicleta muerta había vuelto. En el almacén no estaba; al parecer esa vez él había ganado. Para confirmar su triunfo, pretendió dirigirse hacia la tienda cercana a la primera entrada, dizque a comprar algo, pero era sólo para ver la bici entre el montón de la chatarra. Se puso contento; es más, se puso muy contento; la alegría le brotaba del fondo del corazón, hacía mucho que no sentía una felicidad tan grande y verdadera. Pensaba reír, pero sólo esbozó una gran sonrisa sin ruido. Por dentro pensó “qué bueno, qué estupendo”. Todo eso era porque vio que la bici muerta, que la noche anterior había empujado, yacía en el montón de las bicicletas inservibles. La bici tal vez también lo reconoció pero lo bueno es que las bicicletas no hablan, no se pueden rebelar, por lo que él estaba a salvo.

Tian Zhiwen comprendió que las bicis muertas eran muy feas. En algo se parecían a los hombres; por ejemplo, entre los vivos casi no hay feos, pero se mueren y al hacerse cadáveres no hay ninguno guapo. A las bicis les pasa lo mismo. Si una bici sirve y todo el día anda para arriba y abajo, por más vieja que sea no se ve fea; se muere y se ve igual de fea que un cadáver.

Se muere una persona y se la llevan, pero muere una bici y la tiran al montón; la quema el sol, la moja la lluvia y por más tiempo que pasa no se disuelve, se queda allí para dar asco.

La alegría de Tian Zhiwen sólo duró tres días. Fue interrumpida cuando la bici muerta regresó al almacén. Tian Zhiwen estaba asombrado. Él la aventó muy lejos, ¿cómo fue que el dueño la encontró? De pronto se imaginó al dueño muy preocupado, buscando por todo el patio. Y finalmente allí estaba. Al ver su bici aventada entre el montón de chatarra, el dueño se habrá enojado y tal vez hasta profirió insultos. Tian Zhiwen especuló: la bicicleta de seguro pertenecía a una señora, una cuarentona, que tal vez ya era una vieja menopáusica. Sólo alguien así podría ser tan avaro y hacer enormes esfuerzos por cosas insignificantes. Un hombre jamás haría eso. Los hombres no son tan fijados, una bici vieja se pierde y qué. Un hombre claro que no se pondría a buscarla por todas partes. Él precisamente era un ejemplo de lo que pensaba. Cuando su bici nueva se perdió, él no fue a buscarla. El dueño tampoco podría ser un estudiante de secundaria, pues esos gastan el dinero de sus padres y por eso son muy caballerosos. Las bicis de ellos son buenas, si no son de carreras entonces son bicicletas de montaña de varios cientos o hasta miles de yuanes. Si se pierden, claro que no las buscan: con sólo pedirles a los padres ya tienen una nueva.

Tian Zhiwen por fin se dio cuenta: lo que pasaba es que el dueño de la bici quería medir fuerzas con él, quería luchar. “Ah, con que te molesta mi bici en el almacén, pues a fuerzas la pondré allí. Con que mi bici te pica los ojos, pues con la bici te los arrancaré, te provocaré asco. Si tienes agallas, vuelve a aventarla, aunque la tires al cielo, la encontraré.”

“Está bien, quieres medir fuerzas, pues las mediremos; quieres jugar a jalar cuerdas, pues vamos a ver quién jala más fuerte.” Esta vez Tian Zhiwen no estaba enojado; al contrario, sentía un placer oscuro. En su vida rutinaria había pocos placeres; pelear con una desconocido midiendo fuerzas era un placer.

A Tian Zhiwen no le gustaba jugar majiong ni póker ni ajedrez, ni tampoco tomaba. A esas cosas las consideraba cuatro factores patógenos. El majiong lastima la armonía, el póker

daña la columna, el ajedrez desgasta el cerebro y el vino despedaza al estómago. La televisión tampoco le gustaba, decía que no había nada interesante. Lo que más le emocionaba era fornicar con su mujer. La esposa era del noreste, en esas cosas era mucho más hábil que él; además era adicta al sexo, a cada rato lo llamaba para revolcarse. A veces después de “una rica batalla”, él solía bromear: “Me revuelco una y otra vez y siempre es contigo, ¿por qué será?” Ella replicaba: “Mira, si eres capaz, pues búscate otra.” “Ah, quieres que me busque otra, pues cualquier día me busco una amante.” La mujer no le prohibía tener amante, pero ponía tres condiciones: “Será mejor que no me entere; será mejor que no gastes dinero en ella, y de preferencia que ella te pague.” Él decía: “Qué tontería, ¿tú lo harías con otro por nada?” La mujer decía: “Claro. ¿O no? ¿En todos estos años tú me has dado algo a cambio?” Tian Zhiwen sonreía: “Dime qué puedo hacer, contigo me sale gratis pero ni así te llego.”

Tian Zhiwen sabía que en esta ciudad había muchos lugares de esparcimiento. Por ejemplo, todos los días al regresar del trabajo pasaba por un salón nocturno llamado “Sueño”. Al llegar la noche, las luces de la puerta se encendían. Muchas mujeres arregladas y maquilladas permanecían paradas o recargadas a su vera. Al ver pasar a un hombre se le acercaban. Bajo la sombra oscura de los árboles, a ambos lados del salón, había muchos hombres en cuclillas platicando de quién sabe qué. Tian Zhiwen al pasar por allí en su bicicleta se asomaba hacia los árboles y con cualquier destello de luz lograba mirar muchos pechos y alguna mujer semidesnuda. Quería detenerse y meterse un rato en el salón. Pero lo único que hacía era pedalear más despacio al cruzar por allí. Temía que si paraba, alguien lo abordaría e invitaría al salón. Si unas manos tiernas lo jalasen, él tal vez no tendría fuerzas para resistir.

Por poner un ejemplo: al costado de la entrada de su conjunto habitacional había unos baños sauna. Cuando una vez fue a bañarse, dos empleados le preguntaron un sinfín de veces si quería masaje. A aquella cosa le llamaban “complacer al prójimo cumpliendo la voluntad de Dios”. Decían un montón de palabras estremecedoras y excitantes. Por los empleados se enteró de que en los baños también había diversos “servicios

especiales”. Por más especiales que fuesen, él no se atrevía a probar. La puerta trasera de los baños daba precisamente a su edificio. Él a veces podía ver a las muchachas de los baños comer en la hora del descanso en el patio trasero. Qué tal si se hubiera dejado masajear por alguna señorita, y luego un día ella lo reconoce, ¡qué desgracia! ¡qué horror!

Tian Zhiwen pasaba la vida flotando en esa ciudad sin jamás sumergirse en ella. Su corazón estaba solo. Por más gente que hubiera en la ciudad, nada lograba disminuir su soledad; por el contrario, la aumentaba. Igual que cuando miraba hacia el cielo y veía que la vía láctea era muy grande, pero cada estrella seguía su rumbo, y entre ellas había una gran distancia y mucha frialdad. Desde ese punto de vista no era difícil entender por qué cambiar una bicicleta inservible de un lugar a otro le daba tanto placer.

Esta vez él adoptó una estrategia. Aquel día no iba a tocar la bici. Su plan se debía a dos consideraciones: por un lado, el dueño que apenas recuperó su bici seguro estaba en alerta. Tal vez se escondía en lo oscuro cuidando de su bici. Si en ese instante él la moviera, sería como caer en una trampa. Por otro lado, el iba a pretender que por fin aceptaba la bici muerta en el almacén, que desistía de la batalla, permitiendo al dueño experimentar cierta alegría por uno, dos días. Cuando el dueño por fin estuviera seguro de que su bici estaba a salvo y bajara la guardia, él comenzaría una nueva ofensiva en contra de la bici. A los dos días él empujó aquella bici hasta una calle fuera del condominio. Allí había un restaurante. Dejó la bici a un lado de la puerta del restaurante —por cierto ya cerrado, pues ya era muy noche—. En la calle casi no había nadie; de vez en cuando pasaba uno que otro taxi. Después de acomodar la bici en ese lugar, Tian Zhiwen aún tardó en irse; fingió hacer ejercicio. Sin dejar de mirar la bici, movía la cintura de un lado a otro con las manos sobre la espalda.

En frente del restaurante había un terreno como para estacionar vehículos. Durante el día el restaurante estaba lleno; el negocio iba muy bien. Dos señoritas altas y muy entalladas, vestidas con *chipao* [vestido chino] rojo, estaban paradas en la puerta. Una eterna sonrisa les colgaba en la cara, siempre lista para mostrar los dientes. Tian Zhiwen se imaginaba: maña-

na por la mañana cuando abra el restaurante, el patrón y las empleadas descubrirán la bicicleta cuyo aspecto para nada combinaba con la entrada del restaurante. Tal vez se preguntarán si el dueño de la bici era un acróbata, y si no era, entonces, ¿por qué le faltaba el asiento? Pensando todo eso, de pronto sin querer se puso alegre. Esa vez sí que mataría a dos pájaros de un tiro, por un lado lograría que el dueño de la bici se volviera loco buscándola, y por otro haría enojar al patrón del restaurante. Si al patrón no le gustase la bici tal vez buscará a alguien para llevarla al patio trasero y despedazarla hasta convertirla en basura para poder tirarla junto con las plumas de gallinas y las escamas de pescado. No estaría mal, así el dueño de la bicicleta ya no tendría de qué preocuparse; simplemente la olvidaría y ya.

Todo esto Tian Zhiwen lo hizo con mucha dedicación. Primero durmió un rato en espera de que todos se durmieran, y hasta entonces bajó para mover la bici. Al bajar ya no estaba en función el elevador. Eso no importaba, con tal de saborear su éxito subir diez doce pisos era lo de menos. Además, así era aún mejor: evitaría toparse con la empleada del elevador aumentado así el grado de misterio en su misión.

Es imposible no admirar el espíritu incansable de lucha, fuerza y perseverancia de ese hombre. Pero la bici muerta que Tian Zhiwen la noche anterior a escondidas llevó a la puerta del restaurante, al día siguiente ya estaba en su viejo lugar. No pudo no sentirse algo decepcionado. Él luchó con todas sus fuerzas y jamás imaginó perder así, de pronto, la batalla. De nuevo se puso a evaluar a su oponente. ¿Acaso era un investigador privado de primer nivel? De lo contrario, ¿cómo es que localizó tan pronto su bicicleta? ¿Acaso era un jubilado que no tenía nada que hacer más que buscar pacientemente su bicicleta? A Tian Zhiwen le nació un gran deseo por conocer a su contrincante, saber quién era, cómo era.

En su unidad vivía mucha gente; él casi no conocía a nadie. Sin mencionar a los de arriba o los de abajo, ni siquiera sabía cómo se llamaban o apellidaban, o dónde trabajaban los vecinos de su propio piso o de la puerta de junto. A veces al salir o entrar veía a los vecinos, pero como si nos los viera: nadie saludaba a nadie. Cada cual cerraba su puerta o para salir o

para encerrarse dentro. Podía estar seguro de una cosa: el dueño de la bici era su vecino de la misma unidad, y usaban el mismo elevador. Pero era difícil saber quién era con exactitud. Tal vez el dueño vivía en su piso, en la puerta de frente, pero él sólo podía adivinar sin asegurar nada. No sólo los vecinos de este edificio, sino las personas de toda la ciudad viven enclaustradas; todos son extraños entre sí. Retomando el ejemplo de las estrellas: ves en el cielo un río plateado lleno de estrellas, pero tú no conoces a ninguna, no sabes de dónde vienen ni a dónde van.

En este edificio decir que él solo conocía a su mujer y a su hija, tampoco era muy atinado. La hija tenía una compañera de escuela que vivía en la misma unidad. La amiga que a veces llegaba a la casa a preguntar por la tarea se llamaba Xinxin. Xinxin tenía un abuelo que todos los días le cargaba la mochila mientras cruzaban la calle que llevaba a la escuela. Su abuelo acostumbraba sentarse en las bancas de cemento debajo del edificio; solía pasar allí casi todo el día. Una vez preguntó a Xinxin por su abuelo: ¿por qué ya no lo veía pasear? Ella dijo que su abuelo murió. Él se estremeció y preguntó cuándo. Xinxin contestó que hacía ya un mes pero no recordaba el día exacto. Él ya no dijo nada, se quedó con la duda de si el abuelo murió por enfermedad o en algún accidente. Un hombre que se veía sano y fuerte, ¿cómo es que de pronto muere? Tian Zhiwen no pudo calmarse por un largo rato. Él compartía el edificio con el abuelo, un que hombre murió sin ton ni son, sin nada de ruido, sin que nadie se enterara. Tian Zhiwen venía del campo. Allí cuando alguien fallecía todo el mundo se enteraba. Había velorio, cohetes, música fúnebre; los hijos del difunto lloraban sin parar, todo era muy solemne.

La gente del campo aprecia la vida y la muerte; en la ciudad uno nace y otro muere, y a nadie le importa. Cada uno sólo se ocupa de los suyos; los otros le dan igual.

Tian Zhiwen no tuvo la oportunidad de descifrar quién era el dueño de la bici muerta, pero todos los días veía la bici. Elaboró por fin un plan definitivo: tirar la bici al contenedor de basura: "Los empleados de la basura pensarán que el dueño mismo la aventó y se la llevarán." En la zona había un enorme contenedor de basura; cuando se llenaba, llegaba un camión

que llevaba la basura fuera de la ciudad para luego enterrarla. Así la bici muerta se iría para siempre.

Él titubeó, y jamás realizó su propósito. Eso se debió a su prolifera imaginación que un buen día explotó en un cuento: una hermosa niña todos los días va a la escuela o al trabajo en su bici. Un día en un accidente de la calle o en un incendio en algún café internet, la niña se muere. La madre por supuesto está desconsolada. Afortunadamente aún queda la bicicleta. La madre la trae a casa y la guarda como el más valioso recuerdo de su hija. Todos los días mira la bici varias veces y es como si viera a su hija, y cuando no ve la bici, está triste y desesperada. Tian Zhiwen se impresionó con su propia imaginación: “Es así, seguro es así —pensó—, si no fuera así, el dueño no la apreciaría tanto, no la buscaría desesperadamente cada vez que se le pierde.” Imaginando eso, se puso a observar la bici. Era una bicicleta rodada 24”; las llantas eran de una bici de montaña y el armazón era rojo. Entre más miraba, su cuento parecía más real: ésa era una bicicleta de mujer. Tian Zhiwen comenzó a sentir una gran culpa. ¿Cuántas veces por acomodar su bicicleta movió y escondió la otra? ¡Qué egoísta! ¡Qué desconsiderado!

Ahora cuando volvía a mirar la bici ya no le parecía fea; al contrario, la veía casi como algo sagrado. Nunca más pensaría en mover aquella bicicleta.

Claro, eso era sólo su imaginación. Él sólo podía imaginar. Es que a la vida de la ciudad sólo se le ve el fin pero nunca el diario transcurrir; a veces incluso el final es producto de la imaginación.

Después, con ayuda de aquella bicicleta, él inventó muchas otras historias —pero allí lo dejamos.

Finalmente se le ocurrió otra posibilidad. El dueño tal vez era algún hombre como él aburrido de la vida y necesitado de un poco de placer. Mientras él cambiaba la bici de acá para allá, aquel dueño pensó que Tian Zhiwen usaba la bici para jugar a las escondidas y siempre lo seguía de cerca, muerto de risa. Pensando así, Tian Zhiwen sintió enfado, insipidez y mucho arrepentimiento.

Mientras tanto, aquella bicicleta aún ocupa un sitio entre los arcos del armazón. ❖